

HACE SETENTA Y CINCO AÑOS, EL «CASO DREYFUS»

EL PRIMER MANIFIESTO DE INTELLECTUALES

El 13 de enero de 1898, Emilio Zola publicó en «L'Aurore» un artículo titulado «J'accuse» —«Yo acuso»—, en el que tomaba partido abierto a favor de Dreyfus, capitán del Ejército francés condenado por una supuesta venta de secretos militares a «una potencia extranjera» (Alemania) y, sin duda, inocente de ello. Al día siguiente, el mismo periódico publicaba un breve texto seguido de numerosas firmas de prestigio, que continuaron afluyendo después. El texto decía: «Los abajo firmantes protestan contra la violación de las formas jurídicas del proceso de 1894 y contra los misterios que han rodeado el asunto Esterhazy, y persisten en pedir la revisión». Entre los firmantes estaba el propio Zola, Anatole France, Marcel Proust, Fernand Gregh, Leon Blum, los Halévy... El texto llevaba un título extraño para su época: «Manifiesto de los intelectuales». La palabra era enteramente nueva, sobre todo en el uso que se le daba. Han transcurrido tres cuartos de siglo desde aquella primera utilización del término «intelectuales», del pri-

JUAN ALDEBARAN

mer «manifiesto de los intelectuales» en una causa política, y los problemas que se plantean hoy son aproximadamente los mismos que entonces.

LAS DOS CORRIENTES

El «caso Dreyfus» —que los intelectuales, ya se ha visto, preferían llamar el caso Esterhazy— era algo más, era mucho más que un simple problema de culpabilidad o inocencia de un acusado. Era la lucha entre dos grandes corrientes políticas francesas. Masonería, laicismo, clericalismo, eran apenas disfraces para una situación de gran tensión entre los grupos que a grandes rasgos podríamos definir como conservadores y demócratas. Era también una continuación de los problemas de la Revolución y de la Contrarrevolución, planteados ya en términos políticos: El conde Mun escribía: «Entre la Iglesia

y la Revolución existe una incompatibilidad absoluta. Y como la Iglesia no puede perecer, tendrá irremediamente que matar a la Revolución». El conde Mun era militar y reunía en torno suyo a otros militares que profesaban las mismas ideas, mientras que otro grupo del Ejército contenía ideas procedentes de la Revolución de 1789. El Concordato, el matrimonio civil, la escuela libre, eran los temas más frecuentemente discutidos.

Desde Roma, Pío IX había alentado a los grupos católicos extremistas —los «ultramontanos»—; pero su sucesor, León XIII, buscó una posición más flexible. En su Encíclica *Inmortale Dei* —1885— explicaba a los católicos de Francia que debían sostener la verdad religiosa y los intereses de la Iglesia sin desmayo, pero que debían también reconocer las instituciones políticas francesas y participar en la elaboración de la

democracia. No fue escuchado, y debió repetir sus exhortaciones en la bula *Libertas* de 1885. Algo se apaciguaron los ánimos, pero aún León XIII debía publicar otra encíclica, *Inter Innumeras*, en la que insistía en la obligación de los católicos de servir a la democracia: «Porque el poder civil, cualquiera que sea su base, viene siempre de Dios». Esta expresión de «cualquiera que sea su base» despertó numerosas reservas. Pero fue escuchada la voz del Papa, sobre todo después de una nueva carta de León XIII a los cardenales franceses: el conde Mun se adhirió a la República, y ésta eliminó prácticamente de sus textos programáticos las alusiones a la separación de la Iglesia y del Estado. Algo más influía en esa aproximación de los dos grupos, que no era solamente la suavidad y la diplomacia papal: la aparición fuerte de los socialistas y los atentados anarquistas. Representaban un enemigo común... Y la nueva base de la República comenzaba ya a formular un «neocatolicismo», del que comenzaba a ser intérprete Renan.

EL PRIMER MANIFIESTO DE INTELLECTUALES

Indudablemente, los «ultramontanos» no habíanse desarmado: sus sectores más fanáticos continuaban defendiendo los mismos puntos de vista. Drumont publicó un libro, «La Francia judía», que era un ataque a todas las ideas de liberalismo y progreso, atribuidas por él a judíos y masones; le sostuvieron «La Libre Parole» y «La Croix», diarios «ultramontanos», y su fuerza ahogó poco a poco al conciliatorio neocatolicismo, al humanismo católico que acababa de nacer.

LOS PROCESOS

El «caso Dreyfus» apareció en ese momento. Dreyfus, capitán de Estado Mayor, era judío. Y alsaciano, es decir, de una región francesa unas veces, alemana otras. En octubre de 1894 fue detenido mientras realizaba en París un curso de estudios de Estado Mayor, y acusado de vender secretos militares a una potencia extranjera. Su juicio duró tres días, del 19 al 22 de diciembre de 1894, sobre la base de un único documento: el *bordereau* en el que, aparentemente de puño y

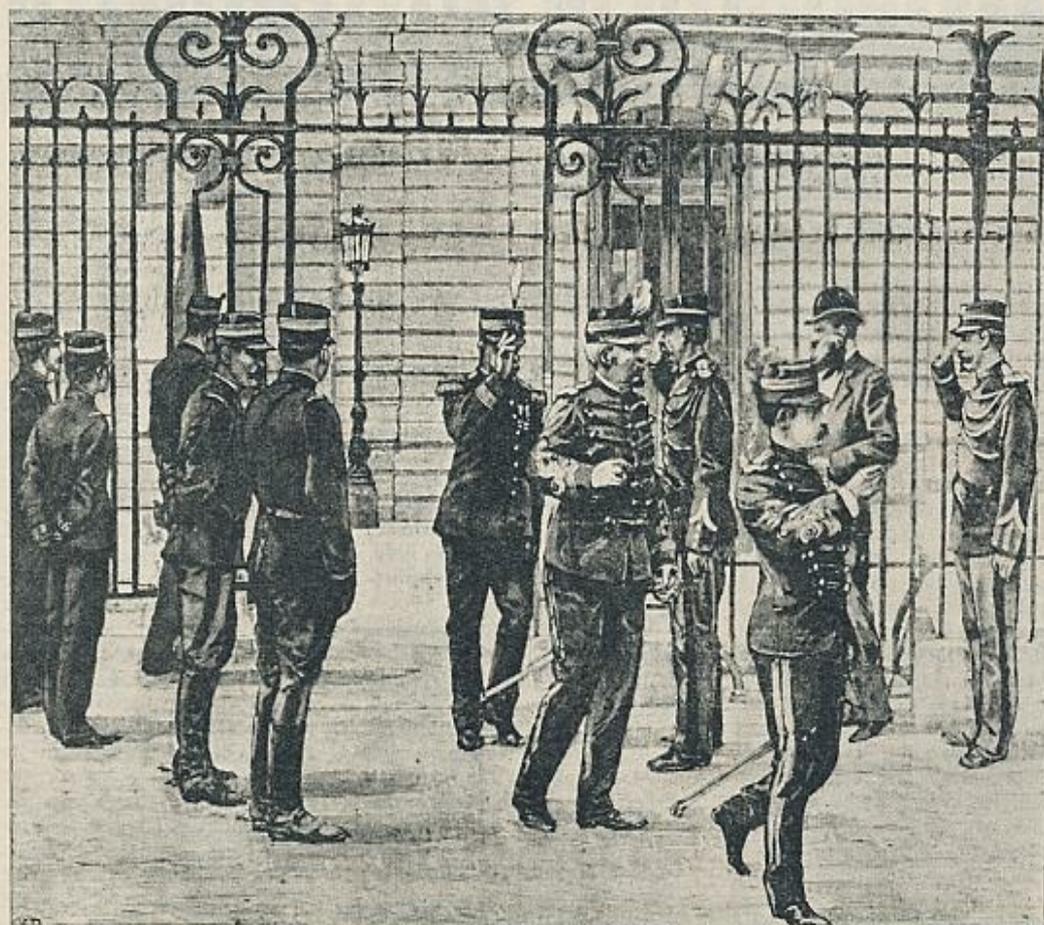
letra de Dreyfus, se relacionaban los documentos vendidos. Dreyfus negó, los peritos calígrafos no se pusieron de acuerdo y, sin embargo, Dreyfus fue condenado por alta traición, sentenciado y conducido a la isla del Diablo. Todo el antisemitismo francés se volcó en contra de Dreyfus.

El tema se politizó inmediatamente. Las peticiones de revisión de la sentencia fueron apoyadas por los republicanos. En 1896, un nuevo jefe del Servicio de Espionaje, el coronel Picquart, descubrió que a pesar de que Dreyfus seguía en la isla del Diablo, ciertos secretos militares continuaban siendo vendidos a los alemanes: los documentos caídos en sus manos tenían la misma letra que había sido atribuida a Dreyfus. Con esa evidencia, intentó del Ministerio de la Guerra que se revisase el caso. No fue escuchado. Por el contrario, le privaron de su cargo y le trasladaron a Túnez.

Un hermano de Dreyfus había continuado investigando por su cuenta, había llegado a las mismas conclusiones que el coronel Picquart y, más aún, había descubierto que los documentos es-

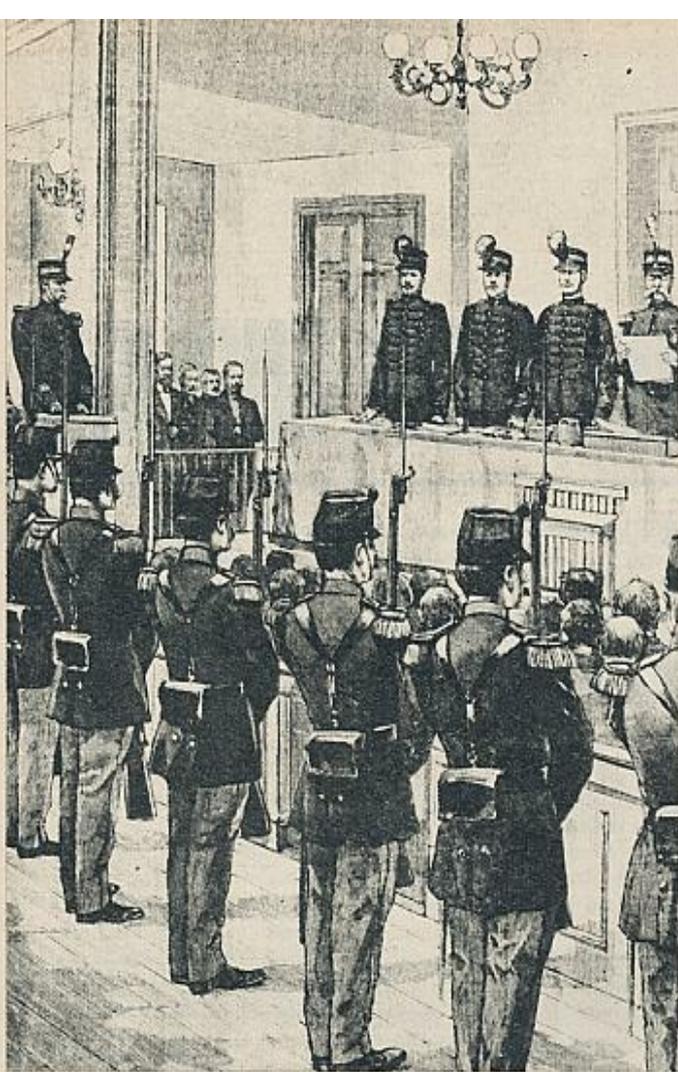


Así recogió «Le Petit Parisien», en su suplemento literario ilustrado, algunos aspectos. Cuando Zola publicó en «L'Aurore», el 13 de e



taban escritos por el comandante Esterhazy. Su descubrimiento se hizo público: Esterhazy fue detenido, juzgado y finalmente absuelto por el Tribunal. Unas elecciones, un cambio de Ministerio y finalmente la polvareda levantada por el artículo de Zola y el «Manifiesto de los intelectuales» forzaron, finalmente, a la revisión del caso. Se supo que un coronel, Henry, había participado en el complot (Henry había sucedido a Picquart como jefe del Servicio de Inteligencia) para no tener que revisar la sentencia. Detenido, el coronel Henry se suicidó en prisión. Se dispuso la celebración de un nuevo proceso, pero no se vio hasta un año después, y ese juicio fue una especie de solución de compromiso: Dreyfus fue encontrado culpable otra vez, pero con circunstancias atenuantes que permitían al Presidente de la República ejercer el derecho de gracia: Dreyfus fue, pues, «perdonado» y puesto en libertad.

Dreyfus y sus partidarios insistieron en pedir una nueva revisión por el Tribunal de Casación, y ésta no se celebró hasta siete años después. En julio de 1906, el veredicto anterior fue casado, Dreyfus declarado inocente, readmitido en el Ejército, ascendido y condecorado con la Legión de Honor. Dreyfus luchó en la guerra europea como teniente coronel —y fue condecorado por su heroísmo—; Picquart fue ascen-



Actos del proceso Dreyfus. Arriba, durante el interrogatorio, la lectura de cargos y la llegada al puerto desde el destierro. Abajo, a la izquierda, la salida de los presos de 1898, su famoso artículo «J'accuse», dio motivo a que al día siguiente se publicara el primer manifiesto de los intelectuales...

dido a general y llevado de nuevo a Francia. Esterhazy, entre tanto, había huido del país, y finalmente, en un artículo publicado en un periódico inglés, reconocía que había sido él quien había escrito los documentos que sirvieron de base para la acusación de Dreyfus. Y el cuerpo de Zola —que ya había muerto sin ver el final de la célebre causa— se trasladó al Panteón de Hombres Ilustres...

En realidad, el «caso Dreyfus» no terminó nunca. Los partidarios y los enemigos de Dreyfus continuaron su inútil polémica durante años y años, y adjetivaron con ella toda la política francesa hasta casi nuestros días. Aun Petain fue acusado de haber sido partidario de Dreyfus en sus tiempos de coronel...

«CASTA NOBILIARIA»

El hecho de que la palabra «intelectual» naciera en un ambiente tan cargado de pasiones y de política, le ha dado unas connotaciones militantes que teóricamente no debían ser las suyas. Entre las varias definiciones que se podrían dar del término, la más sencilla sería la que define a personas en las que predomina una actitud mental, aun por encima de las emociones y de las percepciones de lo aparente. Pero se inventó para defender a Dreyfus. Y fue automáticamente acogida por los

contrarios —por los ultramontanos— con burla y con odio. Brunetière —académico, director de la contrarrevolucionaria «Revue des Deux Mondes»— escribía: «Solamente el hecho de que se haya creado recientemente esta palabra de «intelectuales» para designar, como una especie de casta nobiliaria, a las gentes que viven en los laboratorios y en las bibliotecas, solamente ese hecho, denuncia uno de los disparates más ridículos de nuestra época: quiero decir, la pretensión de alzar a los escritores, los sabios, los profesores, los filósofos, al rango de superhombres. Las aptitudes intelectuales, que no desprecio, no tienen más que un valor relativo. Para mí, en el orden social, son más estimables el temple de la voluntad, la fuerza de carácter, la seguridad de juicio, la experiencia práctica. De forma que no dudo en situar tal agricultor, tal comerciante que yo conozco, muy por encima de tal erudito o de tal biólogo, o de tal matemático, a los que no quiero nombrar...».

EL ESCRITO DE BARRES

Uno de los más afectados por esta cuestión de los intelectuales fue el propio Maurice Barrès, de quien se había esperado el nuevo humanismo católico. Pocos días después del «Manifiesto...», cuando aún continuaban publicándose

en «L'Aurore» las firmas de los intelectuales, Barrès escribió un artículo («Le Journal», 1 de febrero de 1898) de una enorme violencia. «Nada peor —decía— que esas bandas de semi-intelectuales. Una semicultura destruye el instinto sin sustituirlo por la conciencia. Todos esos aristócratas del pensamiento quieren afirmar que no piensan como la vil masa. Se ve demasiado bien. No se sienten espontáneamente de acuerdo con su grupo natural y no se elevan a la clarividencia que les volvería a poner de acuerdo con la masa. Pobres ingenuos que se avergonzarían de pensar como simples franceses... Estos pretendidos intelectuales son una deyección fatal en el esfuerzo intentado por la sociedad para crear una élite... Estos genios mal venidos, esos pobres espíritus envenenados, de los que «L'Aurore» cataloga la colección, merecen una especie de piedad indulgente, análoga a la que nos inspiran las ratas de Indias a las que los maestros de los Laboratorios Pasteur inoculan la rabia. Sin duda, esos desgraciados animales deben ser muertos, o por lo menos guardados en cajas sólidas, pero filosóficamente sería injusto maldecirlos. Su triste estado es una condición indispensable para el progreso científico. El perro privado de cerebro ha rendido considerables servicios a los estudios de psico-fisiología, que tienen un gran porvenir...».

En este escrito se reconocen los grandes rasgos del genio. Es una obra maestra. A los pocos días de aparecer por primera vez la palabra «intelectual», Barrès encontraba ya los argumentos que iban a servir durante setenta y cinco años —y los futuros—, sin apenas ninguna variación, para las gentes de su mismo patrón mental. Tenía, al mismo tiempo, un considerable valor profético, y no ya por su predicción del porvenir de los estudios de psicofisiología, sino por el destino reservado a los recién nacidos intelectuales: animales que deben ser muertos, o por lo menos guardados en cajas sólidas. La lista de los intelectuales matados o encarcelados desde entonces sería larga. Los mismos firmantes del «Manifiesto...» de 1898 comenzaron ya a conocer el sabor de la persecución. El propio Zola fue acusado de difamación por el Ministerio de la Guerra, considerado inocente, juzgado una segunda vez y condenado a un año de cárcel, aunque no lo cumplió: tuvo que salir de su país, aun estando considerado como un genio nacional. Cuando murió, en 1902 —por los gases escapados de una chimenea mientras dormía—, fue enterrado en el cementerio de Montparnasse; sólo después de la rehabilitación total de Dreyfus, como antes queda dicho, sus restos pudieron ser llevados al Panteón de Hombres Ilustres. ■ J. A.